

AGENDA CIUDADANA

LOZANO GRACIA O EL FIN DE UNA POLITICA

Lorenzo Meyer

La Nueva Estrategia.- Menos como producto de un proyecto político presidencial bien planeado y más como secuela de una cadena de fracasos profesionales pero sobre todo de conflictos con el PRI y con la familia Salinas, la expulsión del seno del gabinete del único miembro de la oposición --Antonio Lozano Gracia-- puede dar como resultado la implantación de una nueva etapa en la relación del gobierno con la oposición. Por hora perdió significado para el gobierno y su partido la vieja distinción entre oposición leal --la que colabora-- y oposición a secas. En este momento de crisis general del sistema político, a ojos del poder todos los gatos de oposición son pardos.

En los años sesenta, cuando el régimen actual estaba en la plenitud de sus facultades, el presidente Adolfo López Mateos decidió tratar a los partidos de oposición como verdaderas flores de invernadero. El régimen se propuso entonces insuflar un mínimo de vida en sus opositores mediante la creación de los diputados de partido. Lo hizo no por altruismo, sino para dar la apariencia de pluralidad y democracia que necesitaba para mantener su respetabilidad internacional. Las reformas que vinieron después, en particular la de Jesús Reyes Heróles, tuvieron la misma lógica básica: cambiar para no cambiar. Treinta y tres años más tarde, la situación es casi la inversa, pues la oposición se ha fortalecido al punto de amenazar ya la esencia misma de un régimen basado en un partido de Estado. Para el gobierno, el problema del régimen ya no es alentar y sostener a los partidos

de oposición para ganar credibilidad, sino detenerlos en su crecimiento para evitar que los desalojen del poder.

En principio, todas aquellas fuerzas que apoyan un cambio político real y positivo por la vía pacífica, deben de ver con beneplácito esta evolución del sistema de partidos que aleja a México del viejo paternalismo autoritario y simulador para acercarlo a la competencia efectiva por el poder entre actores reales. Sin embargo, no debemos ignorar que existe el peligro de que las caóticas circunstancias en que se está llevando a cabo la transformación del sistema político, en particular la ausencia de acuerdo entre las dirigencias, refuercen la mentalidad de bunker entre los altos cuadros del gobierno y de su partido, y estos decidan hacer una defensa a ultranza de los privilegios heredados, usando para ello todas las buenas y las malas artes en que son expertos.

Para prolongar su permanencia en el poder y posponer el momento de entregar cuentas a la historia, tanto el partido de Estado --cada vez más levantisco frente a un presidente débil-- como el gobierno de Ernesto Zedillo, parecen dispuestos no solo a romper el entendimiento político informal establecido con el PAN desde el sexenio pasado --Lozano Gracia era el símbolo de ese acuerdo-- sino a recurrir incluso a medidas tan controvertidas como la de pasar una ley electoral impopular con tal de autoasignarse partidas fiscales enormes para financiar su campaña electoral en 1997. Otro ejemplo en el mismo sentido fueron las medidas tan ilegales como grotescas que tomó el Consejo General del Instituto Estatal Electoral (CGIEE) del Estado de México para

distorsionar en su favor el resultado de las últimas elecciones en esa entidad. Como se recordará, contra la letra de la ley el CGIEE dio ocho diputados plurinominales al PRI a fin de fabricarle a ese partido la mayoría que no ganó en las urnas. Afortunadamente, y ante la presión provocada por el escándalo, el Tribunal Estatal Electoral (TEE) revocó la decisión del CGIEE de dar el 50.6% de las curules a un PRI que había logrado apenas el 37.3% de los votos. Gracias a la decisión del TEE, el congreso en Toluca contará con 30 diputados del PRI y 45 de la oposición, tal y como debió de ser el caso desde el principio. Cabe la sospecha de que, trampas como la del Estado de México, va a haber muchas el año entrante.

La Estrategia Tradicional.- Para la clase política que surgió de las cenizas de la Revolución, una manera de evitar el desarrollo de fuerzas opositoras significativas sin tener que correr el riesgo de ser acusados de represores, fue retomar, mejorándola, la tradición ya establecida por el general Porfirio Díaz: neutralizar a tiempo al enemigo potencial mediante su absorción. En efecto, normalmente la estrategia de la dirigencia postrevolucionaria en este campo fue buscar primero abrirle alguna puerta al adversario para inducirlo a que se integrara al régimen y se sometiera a las reglas básicas de la disciplina presidencialista. Así pues, y en el lenguaje de la ciencia política, la cooptación resultó ser el arma favorita --clásica-- del sistema de poder mexicano del siglo XX para enfrentar a sus oponentes. Sólo si el invitado desdeñaba la mano tendida y la subordinación que implicaba, se pasaba a emplear otra opción y

que, en la práctica, podía ser desde la aplicación de "todo el peso de la ley" hasta la represión ilegal y el asesinato.

En comparación con otros sistemas no democráticos, el mexicano se caracterizó por su flexibilidad frente al adversario. En buena medida ello se explica no sólo por la tradición heredada, sino sobre todo por la ausencia de ataduras ideológicas. En efecto, el partido de Estado, al no tener ningún compromiso firme con un cuadro básico de principios y carecer de ortodoxias, lo mismo pudo apoyar al ejido que a la gran propiedad rural, a los sindicatos que a los industriales, a la propiedad estatal que a la privada, etcétera. Por esa misma razón y con igual facilidad, pudo incorporar a personajes y movimientos de izquierda --Vicente Lombardo Toledano sería el ejemplo clásico-- que de derecha --Maximino Avila Camacho sería la contraparte de Lombardo-- y a toda la muchedumbre que estaba en el medio.

El general Alvaro Obregón prefería usar contra enemigos potenciales primero uno de sus famosos "cañonazos de cincuenta mil pesos" oro, y sólo si este fallaba, entonces recurría, y siempre con éxito, a la artillería convencional. Luis Echeverría uso la nómina burocrática para atraer a sus filas a muchos supuestos rebeldes del 68. Carlos Salinas, que siempre pensó en grande, se rodeo lo mismo de los exitosos nuevos empresarios que de antiguos izquierdistas, abrió las puertas de la economía protegida a los Estados Unidos, las de Los Pinos al PAN y las de la cancillería al Vaticano, para así poder concentrar su energía en el combate de los "incomptables", es decir, de Cuauhtémoc Cárdenas y los suyos. Sin embargo, justamente al concluir el

salinismo llegó el límite de esta política de absorción del adversario. Fue entonces cuando la escasez de recursos del erario hicieron muy difícil cooptar a diestra y siniestra; esa penuria coincidió con las embestidas de la oposición --la electoral, la social y la guerrillera-- que llevaron a los enemigos del PRI a rebasar en ciertos estados y municipios la primera muralla de la defensa del partido de Estado y los acercaron a la torre central, que se disponen a atacar, aunque divididos, en fecha próxima.

Ante una Oposición Fortalecida, una Nueva Política.- La crisis del sistema económico, el avance del PAN y en menor medida del PRD en las urnas, aunado a la presión creada por los movimientos sociales y la insurgencia guerrillera, han permitido que en ciertas arenas locales ya se haya dado la alternancia y que ésta empiece a arraigar. Hay ya subsistemas estatales donde el partido único ha sido remplazado por uno de simple partido dominante e incluso por el bipartidismo o el multipartidismo (véase sobre el particular, el último libro de Alberto Aziz, Territorios de alternancia, México, Triana 1996). En esos caso y en previsión de los que puedan venir, la clase política en el poder ha tenido que cambiar de manera radical su actitud hacia la oposición. La inclusión ya dejó de ser la estrategia adecuada para mantener el poder y se transformó en una manera de acelerar su pérdida. Por ello, hoy el poder ya no desea seguir teniendo en el gabinete a miembros de la oposición ni, menos, seguir propiciando reformas electorales para dar representación a las minorías sino al contrario, lo que busca es dar al PRI sobrerrepresentación en el Poder Legislativo con el pretexto de

mantener la gobernabilidad y seguir esta desgastante guerra de luchar palmo a palmo contra el naciente pluralismo democrático, donde el autoritarismo sólo cede terreno tras pelearlo a fondo.

La lógica que busca posponer para más allá del año 2000 el momento de la transición global del sistema, es la que explica la decisión del PRI y del presidente Ernesto Zedillo de pagar un alto costo político --nacional e internacional, como lo muestra, entre otros, la reacción negativa del *New York Times* (2 de diciembre) a la última reforma electoral-- al rechazar la posibilidad del consenso y la legitimidad a cambio de lograr una legislación electoral inequitativa y que mantiene varias ventajas para el partido de Estado en preparación para la gran batalla que esta en puerta por el dominio del Congreso y del gobierno del Distrito Federal en 1997.

En suma, frente a una oposición que avanza como resultado tanto de la evolución de la sociedad mexicana como de los estrepitosos fracasos en cadena de los últimos sexenios, se ha clausurado la etapa en que el gobierno enfrentaba a sus adversarios electorales por la vía de la inclusión y de las puertas abiertas.

El Precio de los Cooptados.-- La nueva relación que se esta estructurando entre el gobierno y la oposición, hace inevitable evaluar los costos que ha tenido la cooptación, y estos resultan ser altos tanto para la sociedad en su conjunto --se retraso su evolución-- como para los grupos e individuos que participaron en el proceso. En lo inmediato, queda claro que el relativo fracaso panista en la Procuraduría General de la República (PGR), melló

el filo de las pretensiones de ese partido opositor en el sentido de que sus miembros eran superiores moral y técnicamente a los priístas. Quizá la directiva que acaba de abandonar la PGR no fue tan corrupta como sus antecesores --aunque hay cargos en contra-- pero es un hecho que los abogados panistas convertidos en piezas del aparato burocrático de la PGR, una y otra vez resultaron incapaces de ganarle la partida a un Mario Ruiz Massieu que se defendía solo; tampoco adelantaron nada en el esclarecimiento del asesinato de Luis Donaldo Colosio.

Hasta no hace mucho, el doble standard era el sello distintivo del PRI y del gobierno, pero ahora ambos lo comparten en cierta medida con el PAN. La delicadeza con que la PGR de Lozano Gracia trató al expresidente Carlos Salinas y a algunos de sus excolaboradores contrasta con la dureza en el trato a presuntos zapatistas a los que, finalmente, debió dejar en libertad por falta de pruebas. Y cuando le sobraron pruebas de los abusos contra el PRD --casos de Tabasco y Aguas Blancas-- no hizo nada.

Antonio Lozano Gracia fue víctima de una misión imposible: limpiar y hacer eficiente una institución notablemente corrupta pero sin cambiar al sistema que ella sostiene y en el que se sostiene. El ex procurador ha de estar lastimado por la manera como fue echado de su puesto, lo cual es de lamentar, pero en función de la sociedad en su conjunto, la nueva situación es positiva pues hoy el campo político esta mejor deslindado que antes: la oposición esta para cambiar al régimen no para colaborar en su sostenimiento.

